

APACIENTA MIS OVEJAS

Primer mensaje del Arzobispo de Santiago

24 de junio de 1961

Amados hijos:

El día 25 de mayo la prensa y la radio publicaron el nombramiento, hecho por el Santo Padre, del nuevo Arzobispo de Santiago. Al conocer que la designación había recaído en mi persona y que la fecha coincidía con la fiesta de un gran Pontífice, San Gregorio VII, las palabras del Introito de su Misa adquirieron para mí, en esa hora de gravísimas responsabilidades, una actualidad, una viveza y una fuerza inusitadas. Nos parecían dichas para estas circunstancias y en este momento por el Maestro Divino: "Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas". Era Pedro a quien se le había exigido un testimonio de amor y a quien se le confiara el rebaño quien, usando sus poderes divinos y declarando siempre su adhesión al Maestro, había hecho un nuevo acto de su jurisdicción y entregaba el cayado del Pastor para apacentar a una porción electa de su grey, a un hombre que desde el fondo de su alma reconocía su incapacidad y no tenía otras palabras más sinceras que las que le dictaba su conciencia: "Apártate de mí, Señor, que soy un hombre pecador".

La figura tan humilde y bondadosa de nuestro grande antecesor, el Cardenal José María Caro, nos conforta en esta hora; su personalidad tan sacerdotal y tan nuestra, encarnación viviente de las virtudes de nuestra raza, su amor al pueblo tan ampliamente correspondido, su prudencia y caridad son los rasgos más salientes de su vida, que esperamos iluminen nuestros pasos y guíen nuestra actuación pastoral.

Excmo. y Rvdmo. Monseñor don Emilio Tagle Covarrubias, Administrador Apostólico de esta Arquidiócesis de Santiago: más que agradecer vuestras cariñosas palabras y los nobles conceptos que me ha dedicado, quiero agradecerle los desvelos, trabajos y sinsabores que durante estos dos años de

vuestra gestión ha soportado con tanta generosidad por el bien de esta querida porción de la Iglesia de Cristo, que le estuvo confiada. Deja un recuerdo imborrable de su paso por ella. Su celo, su labor tesonera e inteligente y sobre todo su desprendimiento y gran humildad, revelan en Ud., señor, al Sacerdote de Cristo, cuyo único ideal es servirlo en la realidad de su Cuerpo Místico. Que Dios le pague y lo premie, queridísimo hermano, por todo el bien que nos ha hecho y por el ejemplo sacerdotal que nos ha dado.

Quiero dirigir una palabra a nuestro amado clero y a los fieles todos de nuestra y vuestra Arquidiócesis. El Obispo que llega hasta ustedes no tiene otra ambición que servirlos. El hermano que en este momento toma la dirección de la labor pastoral de nuestra Iglesia desea compartir con ustedes todos los riesgos y todos los trabajos; desea estar al lado de ustedes, en toda circunstancia; y en una unión íntima e inquebrantable de caridad, irradiar la belleza cautivadora del Mensaje de Cristo, para bien de nuestra patria.

La hora en que vivimos es una hora extremadamente grave. Al decir de Su Santidad Pío XII, “nuestro mundo está abocado a la ruina, camina sin saberlo por los derroteros que llevan al abismo almas y cuerpos, buenos y malos, civilizaciones y pueblos”, nuestra patria no está exenta de este malestar general; a cada instante se puede decir que estamos percibiendo la agonía de una época que termina.

Nadie de nosotros, los católicos, puede dejar de ver u ocultar esta dolorosa realidad de la hora presente. Nos incumbe la tarea de ayudar a “reconstruir un mundo desde sus cimientos; hay que transformarlo de salvaje en humano, de humano en divino, es decir, según el corazón de Dios”.

Y por eso “el que representa los intereses de los demás, el que lucha por ellos, debe estar dominado por la voluntad de servir. Debe creer en la nobleza de su propia causa y entregarse sin límites a una gran obra”. Y estamos convencidos también de “que no es éste el momento de discutir, de buscar nuevos principios, de señalar nuevas metas y objetivos; es la hora de la acción”, es el momento en que todos los buenos, “todos los que se preocupan de los

destinos del mundo se unan y aprieten sus filas; es la hora de despertarnos del sueño en que hemos vivido, porque está cerca nuestra salvación o nuestra ruina. Y este despertar debe obligarnos a todos, sin distinción de estado, al clero y al pueblo, autoridades, familias y asociaciones, a todas y cada una de las personas, a una renovación total de la vida cristiana, a la batalla de la defensa de los valores morales, en la realización de la justicia social, en la reconstrucción del orden cristiano”.

No nos habríamos atrevido a proferir palabras tan serias si no vinieran de tan alta Cátedra. Al hacerlas nuestras no puedo menos que hacer presente a todos los cristianos la gravedad de la hora en que vivimos y la enorme responsabilidad que nos incumbe. No es con la desunión ni con el odio con lo que podremos remediar los grandes males que afligen a nuestra patria; ni tampoco es con la inercia con la que lograremos la solución de los apremiantes problemas de nuestros días. “No fue con la desunión ni con la inercia como logró la Iglesia en sus principios cambiar la faz del mundo”, sino con la caridad, la unión, el trabajo apostólico y el sacrificio.

Queridos hijos: ésta es la inmensa tarea que el Señor echa sobre nuestros hombros. Esta es la divina tarea de todos. A esta tarea debemos consagrarnos por entero, entregando a ella todo lo que tenemos y todo lo que somos. El bienestar y la paz que esperamos para todos nuestros hermanos bien valen los sacrificios que por ellos debemos hacer.

La generación actual no puede mostrarse indigna de los hombres y mujeres que todo lo comprometieron para darnos patria. Los valores eternos que defendemos, inmensamente superiores a los bienes materiales que nos legaron, han de encontrarnos dignos de ellos y de nuestra responsabilidad.

Con la mirada puesta en el Señor que nos anima, que ha tenido para nosotros la inmensa dignación de confiarnos una hora crucial de la humanidad para cristianizarla y santificarla, emprendaremos confiadamente esta jornada.

Y en esta lucha entre la bondad y el poder infinitos de Dios, y la pequeñez e incapacidad del hombre, resonaban insinuantes y triunfadoras las expresiones

del Maestro: “No temas..., te haré pescador de hombres... Si me amas, apacienta mis ovejas”. Ante su verbo omnipotente y el querer de Pedro, no hemos podido sino exclamar con el libro santo: *In verbo autem tuo, laxabo rete...* Confiando en tus palabras, Señor, lanzaré la red”.

En el borrascoso mar de la hora presente de la humanidad y de nuestra patria, confiando únicamente en la callosa y experimentada mano de Pedro el Pescador, que durante dos mil años sigue dando a Jesús el testimonio de su fidelidad y de su amor, este vuestro Arzobispo de Santiago, con todas las fuerzas de su ser, se entregará a la divina faena de llevar los hombres a Dios.

Los santos y sabios ejemplos de los grandes Arzobispos y Obispos, que durante 400 años han ocupado esta Cátedra de verdad y caridad, nos animan y nos alientan a seguir sus huellas, sintiendo su fraternal y alentador impulso a proseguir la hermosa tarea por ellos comenzada y engrandecida. Es el propósito que nos dirige.

Y me parece oír ya como coronación de todos nuestros sudores y nuestras lágrimas el “canto de amor y de liberación, que respira firmeza y valentía; canto que se llevará en los campos y en los talleres, en las casas y en las calles, en los parlamentos y en los tribunales, en las familias y en las escuelas”; el canto de la justicia y de la paz; el canto del amor a Cristo.

Desde lo íntimo de nuestra alma de sacerdote y Obispo, hoy dirijo una plegaria a la Madre de Cristo y Madre nuestra, para que mitigue los ardores de nuestras luchas y guíe nuestros vacilantes pasos hasta el puerto de la salud: “Jesucristo, Señor Nuestro”.

Santiago, 24 de junio de 1961.